

Buenas tardes. D. José Vallés, Presidente de la Academia Andaluza de Ciencia Regional; señoras y señores académicos, familiares y amigos, es para mí un honor estar hoy ante ustedes compartiendo este justísimo homenaje al profesor y académico Juan Antonio Lacomba.

Se me ha encargado que presente el perfil del profesor Lacomba como historiador, pero antes de empezar, si me permiten, voy a hacer una brevísima semblanza de su persona. Lo vi por última vez en diciembre de 2016 en el Club Marítimo de Málaga en una comida con amigos comunes. En aquel encuentro, reprodujo exactamente su arquetipo: el de una persona entrañable, expansiva, ocurrente y extraordinariamente simpática. En definitiva, la imagen de una persona que inspira total confianza. Así lo recordaré siempre.

Referirse a la obra de Juan Antonio Lacomba como historiador es materialmente imposible en unos pocos minutos; por ese motivo voy a renunciar a glosar su extensísima producción y escogeré algunos rasgos que sobresalen, según mi criterio, en su trayectoria como científico social.

La primera característica que le acompañará toda su vida es su inclinación a desbrozar la maleza de datos inconexos para abrir nuevos caminos hacia temas o asuntos poco o mal tratados o, dicho de forma coloquial, su inclinación a meterse en todos los charcos.

Su tesina presentada en 1961, “Fuentes Estadísticas en la Restauración española” era una apuesta por el empleo de fuentes matemáticas para el análisis de la Historia de España en unos momentos en los que el país seguía haciendo guardia bajo los luceros. Para más provocación, su tesis doctoral en 1966

versa sobre la crisis política, económica y militar de 1917. Se publicará en 1970 y todavía hoy es una referencia obligada para los que estudiamos la prolongada influencia de los ejércitos en vida de los españoles a lo largo de la historia.

En 1966, obtiene plaza en el instituto de Vélez Málaga y poco después de profesor de la recién inaugurada Facultad de Económicas de la capital. Una vez instalado, hace alarde del segundo rasgo que lo caracteriza como historiador: su pasión por los archivos. Ya había dado muestras de ello, unos años antes, mientras fue profesor en Béjar, implicándose en el estudio del auge y decadencia de la industria pañera de una ciudad a la que llamaban el Manchester castellano. En Málaga, me lo imagino ansioso, rebuscando en los casi inexplorados archivos históricos de la ciudad, frotándose las manos, por tantos Lázaros a los que podía resucitar. Diría muchos años después que en 1966, “estaba todo por hacer”.

Pero, y aquí llega su tercera característica como investigador, Juan Antonio Lacomba no era un cronista local. Tenía una confianza ciega en la utilidad de los archivos históricos y de la historia como herramienta para el análisis económico y social. Mejor lo digo con sus palabras: “No podemos olvidar que la realidad que vivimos hoy es el resultado de un largo proceso histórico”. Esa frase está en la línea de tantos grandes de la economía, Schumpeter, Douglas North, más recientemente Acemoglu o Piketty que, igualmente, parten de las experiencias humanas para la construcción de la teoría. Añado por mi parte la sospecha de que la historia no se repite, como suele afirmarse, sino, que, sencillamente no nos ha dejado. Somos en parte lo que fuimos y en el caso andaluz, nos parecemos al hámster que da vueltas a la rueda de la historia sin movernos del mismo sitio.

A comienzos de los años setenta, Lacomba ya tiene suficiente material para publicar en las revistas Gibralfaro y Jábega sus primeros estudios sobre el auge comercial malagueño tras el decreto de 1778 que declaraba el fin del monopolio gaditano de Indias, sobre la industrialización o la expansión de la viticultura a lo largo del siglo XIX. No se trataba solo de describir sino de dar respuesta a una pregunta: ¿por qué una ciudad tan próspera como Málaga llegó a ser tan pobre a comienzos del siglo XX? Las primeras conclusiones, no le satisficieron: el déficit tecnológico de la agricultura y de la industria, la crisis de la filoxera que arruinó el viñedo a finales del XIX, etc. Pronto descubrió que tras las apariencias había algo “oculto”, una dimensión desconocida que hoy llamaríamos institucional. El problema no eran las máquinas ni los insectos, el problema eran las personas, entre ellas, las más poderosas, las que habían construido las reglas del juego de un desarrollo económico oportunista y efímero. Dicho con sus palabras: en Málaga “se había construido la casa por el tejado”. Una casa sin cimientos para provecho de unas cuantas familias Larios, Heredia, Loring, Huelin, etc., -la llamada oligarquía de la Alameda- y para ruina de todas las demás.

No tardará mucho en darse cuenta de que el problema de Málaga es el problema de toda Andalucía. En 1979 coordina la obra *Aproximación a la Historia de Andalucía*, publicada por Alfonso Carlos Comín en la editorial Laia de Barcelona. Desde la que publicó Joaquín Guichot en 1870, un siglo antes, era la primera obra general de Andalucía, y en ella participaron los mejores historiadores del momento. En el prólogo, Lacomba no oculta los objetivos del libro: “ayudar a la recuperación de la historia de un pueblo; a hacer balance de un pasado, para tratar de entender mejor el presente y poder colaborar en la

construcción del futuro”. Si le gustaba meterse en charcos ese era el más ancho y profundo.

El mismo año de 1979, publica tras varios años de investigación, la biografía de un personaje casi desconocido: *Blas Infante, la forja de un ideal andaluz*. Un valenciano de Cheste venía descubrir a los andaluces la vida del que, pocos años más tarde, sería reconocido como el padre de la patria andaluza. Urgando en su legado, Juan Antonio encuentra en la obra del notario de Casares algunas ideas que le ayudan a explicar el atraso de Andalucía. A mi juicio hay una especialmente significativa que Infante pronuncia en el Congreso Georgista de Ronda de 1913: “La libertad de la tierra es la base necesaria de la libertad de los hombres”. Pedid tierra y libertad, se cantará en el himno de Andalucía. Traducido al lenguaje actual podría decirse que el reparto del capital en todas sus modalidades, físico, humano, social y político garantiza el derecho a la elección racional (la libertad) y contribuye modificar la mediocre trayectoria histórica de la sociedad andaluza. .

El conocimiento de Infante lleva a Lacomba al andalucismo político, tal y como ha explicado el profesor Isidoro Moreno. Se viste con la ropa de Infante y acomete la obra que aquel no culminó: la creación de un partido andalucista enraizado en los valores de la izquierda. Esta es la cuarta característica de Juan Antonio Lacomba como historiador. No es un erudito a la violeta sino un intelectual comprometido con su patria de adopción. En enero de 2011 recuerda aquella época en una entrevista a la *Opinión de Málaga*: “sabía que era muy difícil, pero tampoco podía negarme a estar en primera línea. Tenía que demostrar que no sólo teorizaba, sino que actuaba”.

A la par que a su militancia política, Juan Antonio Lacomba dedicó su tiempo a escribir una gran cantidad de libros y artículos sobre la realidad económica andaluza. Entre los libros, destacaré el que dedica al estudio del Banco Hipotecario, la institución que fue incapaz de erradicar la usura y el pacto de retro de la vida del pequeño campesinado andaluz; entre los artículos, destacaré los insertos en la Revista de Estudios Regionales de la que fue director en 1999, mérito suficiente por si solo para que la Academia Andaluza de Ciencia Regional le dedique el homenaje que hoy estamos celebrando.

Después de tanto esfuerzo, sin embargo, ya entrado el nuevo siglo, noté en Juan Antonio Lacomba síntomas de cansancio, agravados por su enfermedad, y también un poso de amargura y de frustración. Juan Antonio expresa sus inquietudes en dos libros: *La realidad autonómica andaluza* (2004) y *El referéndum andaluz del 28-F. Algunas reflexiones 25 años después* (2005). La frustración, tiene para Lacomba una raíz institucional y económica. Casi cuarenta años después de sus primeras investigaciones sobre Andalucía escribió en 2004: “las elites dominantes andaluzas siguen ejerciendo su influencia sobre una realidad social, en buena medida “controlada”. Quería decir que la casa seguía siendo construida por el tejado.

No quiero terminar con ese poso amargo. En este momento crítico de la historia donde debatimos una vez más qué es España, si una nación, una pluralidad de naciones o un batiburrillo de todo un poco, acudo a la memoria de Juan Antonio Lacomba reproduciendo una aportación suya que considero especialmente luminosa. Lacomba rechaza la idea esencialista y a-histórica del ser colectivo. La nación si se quiere llamarla así o la identidad colectiva viene a decir en *La Identidad*

*del pueblo andaluz* (2001) se hace día partir de las vivencias materiales de los individuos. Son las experiencias vividas en los mercados de trabajo, en el acceso a los recursos materiales e inmateriales, en las relaciones sociales, en la interlocución con la clase política, etc., las que construyen las señas de identidad de un pueblo. En base a esas experiencias, Lacomba considera que el pueblo andaluz no tiene noticia de sí mismo porque esas vivencias y sus consecuencias son reprimidas u ocultadas, redefinidas, interpretadas desde el poder en la escuela, en las iglesias, en los medios, en las fiestas, etc., quitándole su potencial contenido transformador, conduciéndolas hacia actitudes fatalistas o clientelares.

Hoy, que tratamos de posicionarnos respecto al papel que ha de jugar Andalucía en la España que se avecina, Juan Antonio consideraría, creo yo, más necesario que nunca que nuestros interlocutores acudan a la mesa de negociaciones conociendo la verdadera noticia de Andalucía, rebatiendo por supuesto la idea de que “ancha es Castilla por Andalucía ” –hoy diríamos “ancho es Madrid por Andalucía”- y también, con un proyecto de país debajo del brazo que genere espeto y para que, de una vez por todas, abandonemos la jaula del hámster y construyamos la casa común desde los cimientos.

En definitiva, Juan Antonio Lacomba, como lo es hoy el profesor Isidoro Moreno aquí presente, fue un eslabón grande y robusto de la cadena formada por todos y todas los que han tratado y tratan de empoderar al pueblo andaluz. De ambos, solo me queda decir, parafraseando a Pablo Neruda, que confieso que he aprendido. Muchas gracias.

Carlos Arenas Posadas

